

LAS HUELLAS de Italia*

65

 Alvaro Mutis

 uisiera tomarme la libertad de acudir a un recuerdo de infancia que podría dar a ustedes, si acierto a evocarlo con cierta fidelidad, una idea de lo que ha sido Italia para mí durante el ya más bien largo curso de mi vida. Desde los dos hasta los once años viví en Bélgica, donde mi padre ejercía un cargo diplomático en la representación de Colombia ante el Reino de los Belgas. Mis abuelos maternos solían pasar largas temporadas con nosotros y, durante el comienzo del otoño, tenían por costumbre venir a Italia de paseo cada año. A su regreso a Bruselas, en la sala familiar, nos relataban sus experiencias del viaje y lo hacían con un entusiasmo, con un deslumbramiento diría yo más bien, que solía dejarme flotando en una atmósfera de maravilla, intemporal y mágica, como sólo en la infancia sabemos percibir y conservar. Italia se convirtió así, desde mi más temprana edad, en un espacio del mundo preservado del sórdido trabajo del tiempo y del incierto testimonio de la memoria.

* La Revista *Cancillería de San Carlos*, ha querido titular de esta manera las palabras expresadas por el Maestro Mutis, con ocasión de la entrega del "Premio Literario", en su décima edición, que le hizo el Instituto Italo-Latinamericano, el pasado mes de abril, en la ciudad de Roma.

Por una u otra razón nunca me fue dado viajar con mis abuelos a este *hortus clausus* de mis sueños, y regresé a Colombia sin haberlo visitado. Vino la guerra, pasaron los años y sólo mucho más tarde pude cumplir con uno de mis más tercios y obsesivos sueños: conocer Italia. Era en pleno invierno y fuimos con mi esposa directamente a Venecia. Contábamos apenas con unos pocos días antes de tener que regresar a Latinoamérica.

Ya sabemos todos los aquí presentes lo que suele suceder con el encuentro en la realidad de esos utópicos paraísos que ha tejido durante años nuestra fantasía. Nos espera siempre una dosis más o menos fuerte de desengaño matizada con la indulgencia que nos ha ido enseñando la vida y nos resignamos a disfrutar lo que resta intacto y rescatable de la imagen que nos habíamos forjado. Debo confesar que en esta ocasión de mi primer encuentro con Italia no sucedió tal cosa. Tamizada por la pálida luz invernal, la dorada presencia de la ciudad se ajustó con fidelidad inobjetable a la imagen que habían construido mis sueños y alimentado mis lecturas. Pero lo que es aún más sorprendente y singular es que, en mis sucesivas visitas a Italia, este milagro de fidelidad y asombro se ha repetido siempre sin que en momento alguno lo haya oscurecido la menor sombra de decepción. Por razones de trabajo y ejercicios del azar, he recorrido muchos lugares del mundo. Italia seguirá siempre existiendo para mí en un ámbito aparte, bañada en una sabia luz de armonía y lucidez que sirve para confirmarme que el mundo no ha sido siempre este vasto cementerio de plástico y chatarra en donde hoy nos asfixiamos y que aún existe en él un espacio donde lo mejor del hombre aún conserva el lugar que le pertenece para testimoniar, por un tiempo que esperamos el más largo posible, la dignidad del individuo y su divina condición creadora. Ese lugar, para mí, se llama Italia.

Nos hallamos ahora en plena celebración de lo que ha dado en llamarse, con cierta ligereza, el Descubrimiento de América. No quisiera en esta ocasión entrar en consideraciones sobre el ininterrumpido diálogo de sordos que esta hazaña de navegación sin precedentes ha desatado a un lado y otro del Atlántico, desde el instante en el que Colón pisó la tierra que él creía de las Indias. Bien me doy cuenta, por otra parte, que recordar aquí que el nombre que lleva nuestro continente le fue dado por un italiano, es arriesgarse a caer de lleno en el lugar común. Yo pienso, sin embargo, que en los tiempos en que vivimos el volver de vez en cuando a los lugares comunes sería ejercicio muy recomendable. En ellos siempre se esconden fragmentos aún salvables de la verdad, a pesar del deterioro y permanente distorsión a que los ha sometido la retórica. La presencia de Italia en Latinoamérica ha sido mucho más profunda y constante de lo que solemos pensar y de lo que los historiadores han olvidado o no han querido dejar constancia por razones que no vale la pena examinar. A lo más que llegamos es a pensar en Italia como en una imprecisa y distante generadora de nuestra latinidad. Yo creo que éste ha sido uno de los más graves errores y sus consecuencias vamos a seguir padeciéndolas por mucho tiempo.

Me atrevería a comparar la influencia de Italia en la formación de lo que hoy constituye el conjunto de naciones que se reúnen bajo el nombre de América Latina, con una caudalosa corriente subterránea, nutricia y generosa, pero nunca tan evidente y notable como la que corre por la superficie de nuestro ser americano y que tiene origen en la península ibérica. No es preciso, para aclarar esta imagen, remontarnos a los tiempos en que Iberia era una provincia romana, cuna de hombres que rigieron los destinos del Imperio y de pensadores y letrados que ilustraron la cultura romana. No hay que ir tan lejos, aunque sea aconsejable no olvidarlo. Siglos después, la poe-

sía española se renueva y brota con vida perdurable en la voz de Garcilaso de la Vega y de Juan Boscán para citar sólo a los mayores y de más definitiva influencia en el futuro de nuestra lengua, que se nutrieron directamente en las fuentes de la poesía del Renacimiento italiano. Esta influencia es notable también, desde más tempranos principios, en la novela peninsular, hasta su culminación de orden universal en la obra de Cervantes. Anoto de paso que este soldado de Urbina, que recorrió los campos y ciudades de Italia, da cuenta de su experiencia en una de sus novelas ejemplares, a mi juicio la más acabada y rica. El Licenciado Vidriera, inmediato antecesor del Ingenioso Hidalgo. En la pintura, bastaría citar el egregio ejemplo de Velázquez, frecuentador y conocedor profundo de la pintura italiana de la que adquirió cuadros admirables para las reales colecciones que hoy reúne el Museo del Prado.

*Cada uno de nuestros países tiene una
Florencia, una Génova, una Nápoles,
perdidas en las montañas andinas o en la
vasta extensión de la selva.*

Esta presencia del arte y las letras de Italia en la península Ibérica pasa a América para formar el patrimonio de nuestra cultura. No hay que olvidar tampoco que muchos de los soldados que fatigaron las tierras americanas y tomaron posesión de ellas en nombre de la Corona española, hicieron buena parte de su carrera militar en las guerras de Italia. No es aventurado reconocer en los nombres de muchos pueblos y ciudades del nuevo continente este recuerdo de Italia. Cada uno de nuestros países tiene una Florencia, una Génova, una Nápoles, perdidas en las montañas andinas o en la vasta extensión de la selva. Pero la presencia de Italia llega hasta tiempos más recientes. No es necesario recordar aquí

que es en el Monte Aventino en donde el joven Bolívar forja su gran sueño de una Gran Colombia que, luego, su encontrado destino no le permitió ver cumplido. Vendrá luego la indudable influencia de Manzoni en los primeros intentos de novela realizados a fines de siglo en nuestras repúblicas, y ya en plena aparición del modernismo y de su más alto representante, Rubén Darío, es imposible desligar de este aliento renovador la voz de Gabriel D'Annunzio. Y antes de cerrar esta sucinta y harto incompleta revista de lo que Italia ha significado en nuestra cultura, es obligatorio anotar que en toda la poesía romántica y finisecular de Latinoamérica la presencia de Leopardi

merecería un amplio estudio por parte de los iniciados en estas materias. No me cabría la menor duda de que la cosecha de tal trabajo sería sorprendente.

Me he limitado al campo de las letras y de la plástica por ser los más cercanos a mi vocación de escritor y de amante de la pintura. Pero queda por indicar, y en esto mi autoridad es nula, lo que en el desarrollo de nuestras leyes y en lo poco de sensato y mencionable que pueda rescatarse de nuestra vida política, se debe a la secular tradición de humanismo y rigor que en estas materias han hecho de Italia una autoridad normativa siempre vigorosa y fecunda.

He tratado de enunciar, muy a la carrera y superficialmente, las razones históricas por las cuales las actividades de un organismo como el Instituto Italo-Latino Americano de Roma sobre-

He tratado de enunciar, muy a la carrera y superficialmente, las razones históricas por las cuales las actividades de un organismo como el Instituto Italo-Latino Americano de Roma sobre-

pasan ampliamente los rutinarios marcos de la diplomacia cultural, hoy tan en boga, pero sobre cuyos resultados palpables es bien improbable llegar a conclusiones convincentes. En el caso del IILA, por el contrario, nos hallamos vinculados a él, con una familiaridad y unas razones tan entrañables, que no son la norma y lo usual en otros lugares. Mantener en la conciencia de nuestro continente el valor y el sentido de la presencia de Italia, que ha nutrido desde sus inicios la vida artística e institucional de todos y cada uno de los países del área, es labor que el Instituto ha desarrollado desde su fundación con plena conciencia de tan grave responsabilidad. Entre las múltiples actividades que lleva a cabo en este sentido, el Premio IILA, que cada dos años se concede a una novela de un autor latinoamericano que durante ese período se haya publicado en Italia, tiene una particular importancia. Destaca ante el público lector italiano la presencia de una literatura que, sólo desde hace poco tiempo, ha venido a ocupar en Europa el lugar que le corresponde. Se ha mencionado, con ligereza muy propia de nuestros tiempos, el fenómeno de un "boom" en Europa de las letras de nuestro continente. Como siempre, en nuestro caso, pienso que hemos ido un tanto de prisa. Yo insistiría en que lo que ha sucedido es, simplemente que se ha vuelto la mirada hacia un fenómeno literario que antes era prácticamente desconocido. De allí al famoso "boom" tan traído y llevado, hay un abismo que los latinoamericanos no hemos querido ver. Iniciativas como este premio, que hoy distingue a una obra mía con más generosidad de la que ésta se merece, son necesarias y deben mantenerse aún por mucho tiempo si en verdad deseamos, como es apenas justo que ocurra, que la luminosa lección que Italia nos entregó siglo tras siglo, sea devuelta hoy, así sea en modesta forma, a esta tierra pródiga en arte y en saber.

No quisiera terminar estas palabras sin antes rendir un homenaje de admiración y gratitud a dos escritores italianos que visitaron nuestras tierras y con quienes tuve la feliz ocasión de dialogar. Evocar hoy su memoria es para mí expresar en alguna forma mi gratitud sin límites por la distinción con la que hoy me favorece Italia. Me refiero a Alberto Moravia y a Italo Calvino.

Al primero lo encontré en México mientras se preparaba para una entrevista en la televisión. Hablamos largamente de temas que siempre, en una u otra forma, tocaban el trabajo literario. Me atrajo notablemente algo que, en primera instancia, pudiera llamar su naturalidad y sencillez si junto a estas dos virtudes complementarias, raras, es preciso reconocerlo, entre el gremio de los hombres de letras, no se hallase mezclada una dosis de amable ironía, de escéptica displicencia hacia la fama y difusión que estaba mereciendo su obra. Durante nuestra conversación supo volver siempre, con agudo interés y conmovida indulgencia, al personal y desolado destino de los hombres. Con curiosidad entre divertida y maliciosa, anotaba las debilidades que cada uno de nosotros lleva consigo y lo hizo siempre con el tácito reconocimiento de que él era el primer ejemplo de aquéllas. Era como, sin decirlo en palabras, me estuviera advirtiendo a cada paso: "Así somos. No tenemos remedio y así tenemos que aceptarnos, sin darle importancia alguna ni quejarnos por ello. Todo está bien y así deberá ser siempre". Cuando me despedí de Moravia me fui con la impresión de que lo conocía de tiempo atrás y de que había seguido paso a paso las incidencias de mi vida como hombre y como escritor. Jamás podré olvidar ese encuentro ni se borrará de mi recuerdo esa permanente y leve sonrisa agri dulce que le otorgaba a su rostro más bien adusto, casi ceñudo a veces, un encanto y un aire de sabia resignación que había encontrado ya en los bustos

anónimos de los patricios romanos que se encuentran en el Museo Vaticano. Hoy que ya no está entre nosotros, de todas maneras quiero decirle, por la amable intermediación de quienes formaron parte del jurado que premió mi obra: “Gracias, Moravia; muchas gracias. Entendí muy bien lo que quiso decirme y lo guardo para protegerme en las horas oscuras que a cada uno de nosotros nos corresponde como pago de nuestra humana condición”.

Por una curiosa coincidencia, años después vine a toparme con Italo Calvino, también en un estudio de televisión. Participábamos juntos en un programa dedicado a las novelas de ciencia ficción y nos acompañaban dos grandes del género en los Estados Unidos: Sturgeon y Miller. La mutua simpatía con Calvino se produjo desde las primeras palabras que cruzamos. Me expresó su extrañeza de que lo hubiesen invitado a una reunión sobre ese tema y le expliqué de inmediato que se trataba de un truco mío para conocerlo después de una larga y entusiasta frecuentación de su obra. Por otra parte, libros suyos como

“Las ciudades imaginarias” bien podían incluirse en el género, mostrando alguna largueza. Sonrió complacido de mi explicación y durante dos días sostuvimos un diálogo casi ininterrumpido. Durante el programa en cuestión habló poco, como era de esperarse conociendo su carácter, pero lo que dijo tuvo esa condición de esencial que tiene toda su obra. No he vuelto a encontrar a nadie con una inteligencia tan vigilante y despierta, matizada con un sentido del humor de una gracia inolvidable. Detrás de su aspecto un tanto tímido y retraído y de la prudencia con la que solía

expresar sus opiniones, se escondía uno de los hombres más lúcidos y honestos que he conocido. Y cuando me refiero a honestidad, estoy refiriéndome a su forma explícita y sin rodeos de hacerle saber a su interlocutor que se hallaba frente a alguien que expresaba su sentir y sus opiniones sin otra preocupación que la verdad, sin rodeos, sin ocultar cartas bajo la mesa y sin la menor intención de adular o de decir lo que en verdad no pensaba. Esta actitud suele ser escogida por muchos hombres halagados por la fama, pero siempre la llevan como una máscara que se va cayendo a pedazos a medida que los vamos conociendo mejor. En el caso de Calvino era tan auténtica y natural que, al avanzar el diálogo, teníamos la impresión de hallarnos frente a un hombre de otro tiempo. ¿Cuál? Esto ya es más difícil de precisar. En el último diálogo que tuve con él, ya a punto de separarnos, no sé cómo me atreví a decirle que

Hombres como usted, tan escasos en cada siglo, me han salvado con su palabra viva y con su obra escrita, a desesperar sin remedio de nuestra especie. Gracias Italo Calvino.

había tenido la impresión de haber estado al mismo tiempo con Erasmo, el doctor Johnson, Swift y Jules Renard. “Son demasiada gente para este pobre mortal”, me contestó con esa sonrisa inolvidable que le iluminaba el rostro con

un halo de complaciente lucidez. Años después, cuando leí sus “Seis propuestas para el próximo milenio”, en medio del intenso placer que me produjo la lectura de este libro único en nuestro siglo, se me fue filtrando una nostalgia indecible y sin remedio de esas breves horas en que nos reunió la fortuna. También hoy y por el mismo calificado intermedio quisiera decirle a Calvino: “Hombres como usted, tan escasos en cada siglo, me han salvado con su palabra viva y con su obra escrita, a desesperar sin remedio de nuestra especie. Gracias Italo Calvino. Hoy está usted a



Alvaro Mutis.

mi lado para recibir este premio con la humilde prudencia que aprendí de usted”.

Expresar la gratitud en casos como éste es una tarea difícil. Las palabras que vienen a los labios en forma espontánea y sincera, han sido dichas tantas y tantas veces para cumplir fórmulas de mero compromiso. Y, ahora, al momento de de-

cirlas, quisiéramos que estuviesen despojadas del aire de vacua cortesía que las envuelve y despoja de su sentido prístino con el que las pronunció el hombre por primera vez. Hecha esta salvedad, expreso mi más conmovida y profunda gratitud a quienes han concedido a “La Nieve del Almirante” una distinción tan alta como inmerecida.

Muchas gracias.